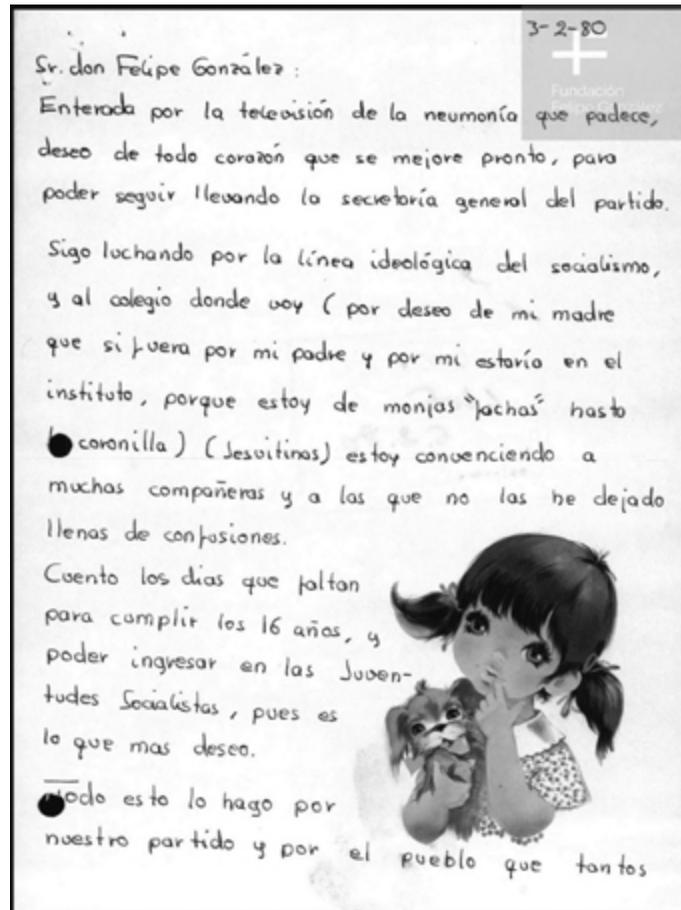


Capítulo 10



Carta de una ciudadana a Felipe González preocupándose por su salud y comunicándole su deseo de ingresar en las Juventudes Socialistas. Murcia, 1980. Archivo Fundación Felipe González, signatura AFFG FFG004554.

Sobre mi propia carta

Por Julia Gabardo Hernández

Aquella tarde recibí una llamada telefónica que rompía un monótono día de trabajo. Al otro lado del teléfono, una voz femenina trataba de confirmar mi identidad de forma insistente y, al mismo tiempo, me decía que yo no la conocía de nada. Soy abogado de profesión y, por lo tanto, a menudo recibo llamadas de potenciales clientes que, o bien no saben expresar por teléfono cual es su problema, o quieren una solución rápida vía telefónica o llaman simplemente para concertar una cita, entre otras cuestiones variopintas. Mentalmente barajaba alguna de estas posibilidades, cuando la voz femenina se identificó como la directora de la Fundación Felipe González, cuyo nombre era Rocío Martínez-Sampere, dando muestras en todo momento de una inmensa alegría por hablar conmigo.

Entonces me hizo una pregunta que me produjo una extraña sensación, como de vértigo. Me preguntó: «¿Usted le escribió a Felipe González unas cartas cuando era pequeña, en el año 1980?»; y le contesté «sí, varias». La directora de la fundación se reafirmó en su alegría por haber conseguido localizarme, después de casi 40 años desde que escribí dichas cartas, que se dice pronto..., siendo yo una persona, además, sin ningún contacto con dicha Fundación y completamente anónima. En ese momento entendí

un poco la débil relación que me podía unir a una fundación que llevara el nombre de Felipe González, no obstante, seguía sin comprender mucho. Fue entonces cuando Rocío me dijo: «¿podemos tutearnos?». Y yo le dije: «por supuesto que sí». A partir de ese momento, comenzó a explicarme su llamada y me dijo que la fundación se ocupaba de gestionar los archivos del expresidente y que tenían intención de editar un libro con la correspondencia ciudadana, realizando una labor de selección de cartas, entre las que habían elegido la mía, localizándome para hacer un escrito que me pedía que redactase yo, como comentario de mi propia correspondencia cuarenta años después. Y aquí estoy, escribiendo estas letras y tratando de estar a la altura de las circunstancias.

En cualquier caso, la cuestión seguía siendo bastante inverosímil y la conversación me produjo una especie de «flashback». Como si me hubiera introducido en una máquina del tiempo mental reviví la ilusión que me produjo con trece o catorce años recibir contestación del propio Felipe González, persona a la que se puede imaginar el lector que admiraba profundamente, con toda la fuerza de la adolescencia.

En pocas ocasiones tiene uno la dicha de revivir ese estado anímico de ilusión y energía propio de la adolescencia y, gracias a Rocío aquella tarde y a la fundación en definitiva, pude recordar con una nitidez emocionante, qué significaba para mí en ese momento escribir aquellas cartas que ya casi no recordaba haberlas escrito y que, sin embargo, las escribí llena de ilusión y basadas en unas convicciones políticas que en aquella época eran absolutamente firmes.

Me imagino que no seré la única persona que comprueba cómo con el paso del tiempo, lo que uno cree entender como convicciones profundas e inamovibles, se tambalean con la propia experiencia vital.

La primera carta que escribí fue en el año 1979, recién promulgada nuestra Constitución y en plena transición democrática. Todos los españoles que vivimos aquellos años, tuvimos el privilegio de

asistir a una época excepcional que marcó un antes y un después para todos. España demostró ser un gran país que dio un ejemplo de civismo y cordura al resto del mundo, pasando de un sistema dictatorial a otro democrático, sin conflictos civiles ni políticos. La transición se convirtió en un hito histórico y fue posible gracias a hombres de la talla política de Felipe González, Adolfo Suárez, Manuel Fraga y Santiago Carrillo, entre otros, pues ellos sólo fueron los líderes de las principales fuerzas políticas de la transición.

El pueblo español respondió con una enorme madurez, a pesar del desconocimiento absoluto y la ausencia impuesta de formación política que reinaba. Recuerdo programas televisivos en los que se hacían entrevistas a pie de calle y la mayoría de las personas tenían «miedo» de expresar opiniones políticas ante las cámaras.

Yo tuve una educación política temprana porque de forma natural me interesaba el tema. Mis padres tenían conceptos ideológicos distintos. Mi padre era un socialista histórico convencido, pero yo me enteré de eso al morir Franco, ya que en mi casa nunca se había hablado de política. Mi madre era esencialmente franquista y recuerdo que cuando murió Franco ella lloraba delante del televisor viendo desfilar a todos los españoles que rindieron su último adiós al caudillo y yo, que tenía 10 años, lloraba también, pero sólo por solidarizarme con mi madre, puesto que para mi Franco era un señor muy mayor, que era el que mandaba en España y que debía tener la edad más o menos de mi abuelo, que tampoco estaba ya entre nosotros.

Pues bien, crecí en un ambiente más bien conservador, por todo mi entorno, cuestión que menciono ya en las cartas que escribí al propio Felipe González. Sólo mi padre y mi hermano (siete años mayor que yo), expresaban unas ideas distintas al resto de las personas que me rodeaban y que yo quería, incluida mi madre que era sin duda el centro emocional de mi vida.

Por eso descubrí la política, porque escuchaba de mis mayores ideas completamente contrapuestas y empecé a entender la complejidad de algo que me fascinaba y que era verdaderamente importante, porque de ello dependía el destino de mi país.

Por otra parte, ahora con la perspectiva del paso del tiempo, creo que la política se convirtió en un instrumento de una especie de forma de rebeldía, ya que yo era una buena estudiante en mi colegio y en el conservatorio, y cumplía con mis obligaciones. En lo único que no cumplía las expectativas de mis queridas Jesuitinas (colegio donde estudié y del que guardo un grato recuerdo) y de mi madre, era en las ideas políticas.

A pesar de ser mi madre una persona franquista, y teniendo a mi padre a su lado (un hombre brillante intelectualmente hablando y, porqué no decirlo como lo siento, brillante en muchos sentidos), quedó fascinada por las nuevas ideas y por el líder más carismático (en mi opinión) de la transición: Felipe González.

Recuerdo aquellas plazas de toros abarrotadas en los mítines, donde la corriente de entusiasmo se contagiaba. En una ocasión, en un coloquio en el auditorio municipal de Murcia a raíz del congreso del PSOE del año 1979, Felipe González asistió para explicar las motivaciones de su dimisión, en un acto para militantes, en el que estuvimos mi madre, como cónyuge de mi padre, y yo que era una niña de 13 o 14 años. A la salida del acto, nos saludó a mi madre y a mi y nos hicieron una foto, que envié a Felipe González para que me la dedicara, cosa que por supuesto hizo y yo guardé como un tesoro.

En definitiva, cuando yo era adolescente, seguía los debates parlamentarios porque la política me interesaba y me atreví a escribirle varias cartas a Felipe González, al que admiraba profundamente y, entendía que cuando pudiera, tenía que dedicarme a la política, cosa que nunca hice.

Cuando el PSOE llegó al gobierno, mi fiebre política ya había bajado un poco. Recuerdo el entusiasmo de tantos españoles que confia-

ban en ese CAMBIO anunciado muy acertadamente en la campaña socialista. Y el PSOE arrasó...el rodillo socialista le llamaban al primer gobierno, con 6 millones de votos y, por lo tanto, con una mayoría absoluta en el Congreso.

No pretendo analizar el declive político socialista, carezco de conocimientos suficientes para analizar ese extremo y además, sólo me comprometí a realizar un comentario acerca de mis motivaciones para escribir cuando tenía aquella edad y en aquella época y, eso es lo que he tratado de transmitir con estas letras.

No obstante, creo que donde hay gran poder, también los errores son grandes, y por ellos hay que madurar y progresar. Sin embargo, en la actualidad, tenemos un panorama político que nada tiene que ver con la época descrita de la transición; primero, como es lógico, porque las circunstancias en ese momento eran excepcionales y sus políticos también. No eran simples políticos, eran hombres de Estado en toda la extensión de la palabra, independientemente de las posiciones ideológicas de cada uno y ahora tenemos una clase política que, simplemente, creo que España no se merece. Este país ha dado y tiene que dar para mucho más.

Tengo que dar las gracias a la Fundación Felipe González porque para mí es un honor que hayan contado conmigo a la hora de editar un libro del que voy a formar parte, y mi único mérito para ello, si es que se me puede atribuir alguno, ha sido tener una vez trece o catorce años y admirar a uno de los mejores hombres de Estado que ha tenido España.

Para acabar, me gustaría decir que amo a este gran país, que me siento orgullosa de ser española y que a pesar del panorama político actual y citando a Pablo Neruda:

*Seré hasta mi último aliento,
un ser desesperadamente esperanzado.*